



**M**ientras revolvía la caja donde guardaba los accesorios, mis dedos eligieron un nudo celta de plata para vestir el índice izquierdo. Con cuatro anillos distintos en cada mano, una tobillera tintineante y mi collar con el dije de cristal en forma de gota, estaba totalmente preparada para el espectáculo.

“Con anillos en sus dedos”, canté, inspeccionando mi reflejo en el espejo iluminado con lamparitas que estaba detrás del escenario. “Y campanas en los pies”.

Riéndome de mí misma, di un giro para asegurarme de que la pollera corta color gris plata no subiera demasiado.

*Te ves bien, Angel. Te ves bien*, le tiré un beso a mi doble, al estilo de Marilyn Monroe. Al menos, lucía lo mejor posible. Frustrada por la herencia genética de mis padres, quienes eran más bien hobbits en vez de personas de tamaño normal, había aprendido a incrementar mi autoestima diciéndome ese tipo de cumplidos exagerados, justo antes de salir a cantar ante una sala llena.

*¡Ay! ¡No pienses en eso!*

Mi teléfono sonó. *Estamos al frente, a la izquierda. Mucha suerte. S, M y A.*

Abracé el aparato. Presionarlos funcionó. Les había advertido a Summer, a Misty y a Alex que, si no asistían al concierto temprano y no se ubicaban adelante de todo para apoyarme en mi momento de necesidad, les haría algo horrible, demasiado terrible como para decirlo (y aún no había planeado mi venganza cuando los amenacé). Eran mis mejores amigos, y compartíamos el secreto de tener un don savant. El poder de Summer le daba la habilidad de rastrear mentes, la versión mental de lo que hacía un espía cuando investigaba a un sospechoso. Al conocer mis patrones de pensamiento, era probable que ella supiera cuál era mi posible venganza antes de que la llevara a cabo. Tipié una respuesta rápida. *Genial. Nos vemos después. Xxx.*

Una vez que había guardado el teléfono dentro de mi bolso cubierto de lentes de sol, me di cuenta de que no tenía nada más que hacer, excepto preocuparme. No era nada bueno. En general ignoraba los nervios manteniéndome activa y conversando, pero no había nadie compartiendo conmigo el camarín de mujeres, que parecía un armario. El resto de la banda estaba en el de hombres. El club nocturno Hammersmith no se permitía muchos lujos detrás de escena. De hecho, confirmé mi suposición de que esta habitación sucia funcionaba como un depósito al ver el trapeador y la cubeta llena de agua sucia apoyados contra el perchero. Aun así, el club todavía mantenía apartados hombres de mujeres; una lástima. Miré la hora y vi que todavía faltaban diez minutos completos: tiempo suficiente para darle vueltas a mis pensamientos hasta alcanzar

un estado que ya no me permitiría cantar los coros. Estuve tentada de marcharme y unirme a los chicos, pero si lo hacía, debería respirar el mismo aire que Jay, lo que era igual de malo para mi preparación antes del espectáculo.

Tomé mi violín negro y comprobé si estaba afinado. No era mi instrumento favorito, ese era el viejo violín tradicional desgastado que poseía, pero este funcionaba mejor para tocar rock dado que podía enchufarse a un amplificador. Realicé con rapidez una escala, calentando los dedos, y luego pasé al estribillo de apertura. Jay, el cantante principal de *Séptima Edición*, tenía grandes aspiraciones para la banda y componía melodías que en realidad requerían de una orquesta entera para acompañar a los tambores y a la guitarra. Estaba en lo cierto, la música que hacíamos juntos tenía un enorme potencial, pero el grupo aún deambulaba por el circuito semiprofesional, y todavía no habíamos tenido nuestra gran oportunidad. Jay había tenido que arreglárselas con una violinista femenina y un saxofonista masculino en lugar de la orquesta sinfónica nacional. Para ser honesta, era un tipo difícil de agradar, ya que había caído en el mal hábito de sobrestimar infinitamente su propio talento. Era bueno, pero gran parte de lo mejor provenía de los otros miembros de la banda, contribuciones que él rara vez reconocía. Como yo nunca tardaba en decirle cómo eran las cosas, sabía que me hubiera echado hacía meses de no haberme necesitado con tanta desesperación. Las cantantes-violinistas son difíciles de encontrar.

Un golpe rápido sonó en la puerta. Hablando de Roma: el mismísimo Jay Fielding había venido a llamar a su humilde cantante de respaldo.

–¿Todo está bien, Angel? –frotó sus dedos largos entre sí, una inusual señal de nerviosismo. En general, le agradaba fingir que era el rey del mundo y nuestro amo y señor.

Guardé el violín en el estuche.

–Sí, bien –no me gustaba que él viniera sin compañía a verme. No solo me daba escalofríos su presencia, sino que yo tenía una pequeña rutina a la que me atenía antes de salir al escenario; cualquier interrupción me hacía sentir supersticiosa con respecto a la función.

El muchacho dio vueltas por la habitación, sus ojos inspeccionaban mi apariencia de una manera incómoda e íntima. Al poseer un rostro común con ojos grises malvados, coronado con el cabello rubio peinado hacia atrás de forma extravagante, Jay no hacía que mi corazón latiera sin parar como él esperaba. Pensé que lo había dejado claro la última vez que me había acorralado.

–Hoy es una noche importante –se detuvo junto a mí y le mostró los dientes al espejo para comprobar que todos estuvieran de un blanco perlado. Eran demasiado perfectos para ser naturales; esa dentadura hacía poco que debía haber incrementado bastante la fortuna de un dentista estético. Por suerte para él, Jay tenía padres adinerados que financiaban su intento de triunfar en la industria de la música. Eran igual de presumidos que su hijo con respecto a su ambición.

–Em, sí, muy importante –hice girar al nudo celta sobre mi dedo deseando que pudiera teletransportarme lejos de él.

*Como diría el capitán Kirk: "Súbeme, Scottie".*

Suavizó una ceja, amándose en el reflejo.

–Disculpa que no lo mencioné antes, pero los promotores del festival de Rockport están afuera, buscando espectáculos

para el *lineup* de verano. Si causamos una buena impresión, podríamos terminar en la lista.

¡Valió la pena que invadiera mi espacio por esa noticia!

—¿En serio? ¡Genial! —hice un bailecito en mi lugar, con las manos sobre el pecho; la habitación no permitía un baile de celebración más expresivo—. ¡No puedo creer que, tal vez, por fin tengamos nuestra oportunidad!

Detuvo mi movimiento colocando una mano en mi cintura, sus dedos húmedos acariciaron la franja angosta de piel desnuda.

—Entonces, Angel, cariño, ¿serás una buena chica conmigo esta noche?

Su tono condescendiente me dio ganas de hundir los dientes en su mano merodeadora. Aunque solo tenía veinte, tres años más que yo, Jay se comportaba como si mi persona estuviera bajo sus órdenes. Pero en este momento, yo no podía arruinar el concierto derramando sangre:

—Haré mi mayor esfuerzo, Jay.

Empujando suavemente su pecho con mis palmas, intenté retroceder, pero él lo evitó al colocar la otra mano en mi cintura para que estuviéramos enfrentados cara a cara.

—¿Y si me das un beso de buena suerte, linda?

Respuestas diversas atravesaron mi mente a toda velocidad, variando desde un “no en esta vida”, a un “iuuu”. Inclino la cabeza hacia un lado, mirándome a través de su flequillo. ¿Pensaba que se veía más persuasivo en esa pose?

—Anda, Angel. Sé que te gusto mucho...

—¿Lo sabes? —¿cómo rayos había llegado a esa conclusión?—. Pero...

Él asintió y su copete cabeceó ligeramente diciendo “sí”, como si tuviera vida propia.

–Sí, he visto cómo me miras en la sala de ensayo.

¿Qué? Había confundido un leve entretenimiento con adoración, ¿verdad?

–Linda –se inclinó para besarme.

Retrocedí con rapidez.

–Jay, quítame las manos de encima –dije, severa. ¿Qué les sucedía a los chicos? Él no era el primer hombre en intentar manosearme en un camarín. Tenía un buen repertorio de movimientos de defensa personal, pero, primero, siempre intentaba razonar.

–No quieres que lo haga –bajó hasta mi cuello, mordisqueando la piel; sus dientes amenazaban con dejar una marca.

–Sí quiero, absolutamente –cada vez que lo alejaba de un área, él atacaba de nuevo en otra, como algún tipo de monstruo marino flexible que tenía demasiados tentáculos como para defenderse de todos.

–No, no quieres.

–¡Quítame las manos de encima!

–¡Ey! No seas así, linda. Solo somos nosotros; no hay necesidad de fingir que no quieres esto.

De acuerdo, ya era suficiente. Le había advertido. Al no tener la fuerza para moverlo, era hora de atacar con la artillería pesada de mi poder. Clavé los ojos en la cubeta del trapeador y llamé al agua, una sensación maravillosa de conexión en la que las moléculas de H<sub>2</sub>O en mi cuerpo se extendían y arrastraban la sustancia hacia ellas. El líquido sucio se alzó como una serpiente color café suave de la canasta de un encantador,

y avanzó hacia Jay. Muy concentrada, dirigí a la víbora de agua hacia la nuca del muchacho.

*Y hacia abajo.*

Obediente, el líquido se deslizó por su columna, mojando por completo su camiseta y sus jeans, y se derramó por el suelo.

—¡Qué ra...! —él dio un salto hacia atrás, alejándose de mí, su pasión apagada—. Estoy mojado.

*Sí, muy.*

—¡Uh, Jay, tienes agua goteando de tus pantalones! —grité con falsa empatía. Llevé un dedo hacia mi barbilla—. Al menos, espero que sea agua.

—Maldición —me miró, furioso, mientras sacudía el exceso de líquido de sus zapatos—. ¿Qué otra cosa sería?

Agité las manos en el aire.

—Ah, ya sabes, los nervios nos afectan a todos —su rostro estaba tan indignado que la risita que había estado reprimiendo salió a la superficie—. ¿No... no deberías cambiarte?

Su expresión se ensombreció al escuchar mi risa.

—¡Perra, tú hiciste algo! —apuñaló el aire con el dedo índice.

—¿*Moi?* —pregunté con inocencia—. ¿Qué podría haber hecho? No me soltabas, ¿recuerdas? Si hay una gotera, es culpa del techo de este basurero, no mía.

El joven inspeccionó el cielorraso, pero no encontró ningún rastro de humedad. Tampoco podía explicar cómo yo había sido la responsable del diluvio repentino a sus espaldas.

—Tú... Tú... ¡No te rías!

Señalé el reloj con la cabeza.

—Lo siento, pero de verdad tienes que cambiarte. Espero que tengas otra ropa...

Chapoteando hacia la salida, Jay volteó.

—¡Esto no quedará así! —dijo un portazo detrás de él. Apoyé la espalda contra el tocador, abrazando mi cintura con regocijo.

*Fue divertido.*



El concierto salió sorprendentemente bien, considerando las travesuras detrás de escena minutos antes de comenzar. Jay había encontrado unas prendas secas, aunque la camiseta estaba arrugada; probablemente la había extraído del fondo del bolso de uno de los miembros de la banda. Pude perdonarlo bastante cuando estuvo frente al micrófono. Aunque no competiría por un premio Brit, era cierto que tenía talento para componer y sabía cómo encantar al público. Mi parte salió bien, y mi solo de violín en la canción *Amantes desdichados* obtuvo su propia ronda de silbidos y aplausos, liderada sin duda por mis queridos amigos. Podía verlos perfectamente desde mi posición en el escenario: Misty se destacaba con su melena llena de rizos color rubio pálido; Summer bailaba con su impecable corte *chic* estilo Audrey Hepburn; y el guapísimo Alex de cabello oscuro, el alma gemela de Misty, demostraba que un estudiante sudafricano sabía dar algunos pasos admirables cuando los necesitaba. Sí que había chispas en el aire cuando Misty y Alex bailaban juntos, incluso yo lo noté desde arriba del escenario. Uno de los aspectos desafiantes de ser un savant es que posees un compañero que nace cerca de tu fecha de nacimiento y que está conectado a través de su don. Si la unión es buena, como la de mis amigos, la experiencia resulta



maravillosa: tus propias capacidades florecen y descubres cosas nuevas que pueden hacer juntos al combinar los poderes. Eso sin mencionar la atracción química: es extrema, si se puede tomar como parámetro a mi pareja amiga. Los savants podemos esperar toda la vida para encontrar a aquella persona especial que complementa nuestros dones; Misty y Alex se habían cruzado a muy corta edad, a los dieciséis.

Algunos tienen toda la suerte.

Bebí un trago de mi botella de agua mientras nos preparábamos para el último set. No era justo de mi parte pensar eso: Misty no había tenido tanta suerte, dado que casi tuvo que morir para estar con Alex. Me entusiasmaba la idea de conocer a mi compañero algún día, pero no creía que tuviera en mí la capacidad de arriesgar tanto, ni siquiera por un alma gemela.



El acto final llegó y Jay se llevó los aplausos; apuesto a que había practicado esa reverencia, dado que era la pose clásica de una estrella de rock sosteniendo la guitarra como si fuera su novia. Luego, abrazó al resto de los chicos de la banda, pero a mí me dio la espalda para que quedara afuera. Era tan perdedor. Todavía valía la pena tener aquel recuerdo invaluable de él mojado hasta los huesos. Debía tener mucho cuidado con cómo usaba mi don, ya que se suponía que los savants debían mantener sus poderes en secreto ante las personas comunes, además de que mi habilidad era un poco más obvia que la de varios, pero lo dejé pasar en esta ocasión. Solo un santo hubiera resistido la tentación de poner a este muchacho en su lugar.

–Han sido un público genial –colocó su guitarra en el atril–. ¡Gracias y buenas noches! –corrió fuera del escenario, empujándome mientras se dirigía tras bastidores.

Lo que evitó que cayera del borde de la plataforma fue la velocidad con la que Matt, nuestro baterista, me sujetó. Al no tener las pretensiones de los guitarristas y del saxofonista, Matt había logrado mantener su puesto en la banda, a pesar de la gran cantidad de peleas que Jay había comenzado. Por ese motivo nos llamábamos *Séptima Edición*; hubo un tiempo en el que había existido una *Primera Edición*.

–Ey, Angel, ¿qué sucede con él?

–Jay el sabueso quería besuquearme antes de la función –respondí risueña–. Lo rechacé.

Matt me dio unas palmaditas en el hombro, expresando sus condolencias, mientras entrábamos tras bastidores.

–Entonces, ¿qué sucedió para que se mojara un minuto antes de salir a escena?

–Justicia poética, diría.

Mi compañero sonrió.

–Su actitud con las chicas puede ser muy retro. No deberías tener que tolerar estupideces como esa.

–Ah, no me malinterpretes: no las tolero; aplasto a los hombres retro y bailo sobre sus tumbas.

–Me considero advertido. Eres una guerrera: Juana de Arco del camarín –determinó, mientras golpeteó el costado de su nariz con un dedo.

Él era un encanto, siempre encontraba las palabras justas para incrementar un poco mi confianza. La mayoría de las personas creería que tenía bolsos llenos de ella, pero solo chicos astutos

como Matt sabían que, en gran parte, era yo haciéndome la atrevida y fingiendo no tener miedo.

–Gracias, cielo –me puse de puntillas y le di un beso–. Estuvimos bien esta noche, ¿no?

–Sí. Estuvimos bien.

Intercambiamos sonrisas y nos separamos para hablar con nuestros invitados tras bambalinas.

–¡Angel, estuviste grandiosa! –exclamó Misty, abrazándome. Como mi amiga cargaba con el don de ser incapaz de mentir, sabía que su cumplido era sincero–. ¡Te destacaste como un faro brillante de talento puro!

–Gracias, cariño –dije, riendo. Al ser apenas más alta que yo, era una persona cómoda de abrazar.

La siguiente, fue Summer.

–Ese solo de violín en *Amantes desdichados* es muy especial; siempre hace que me cosquilleen los dedos. ¿Quién lo compuso? ¿Tú o Jay?

Así que se había dado cuenta, ¿verdad? Summer era alarmanamente perspicaz, incluso cuando no utilizaba su don para rastrear mentes.

–Jay diría que él escribió cada nota, pero en realidad, la mayoría surgió de una sesión de música cuando improvisé. Pero él nunca lo admitiría.

Misty frunció el ceño, arrugando su nariz llena de pecas de una manera adorable.

–¿Quieres que me pare junto a él y le pregunte? –si hiciera eso, sin controlar su don, le haría confesar todas sus verdades, incluyendo las más vergonzosas.

–Muy tentador, pero no hace falta. Me alegra trabajar con

los chicos que él logró reunir; creo que de verdad tenemos algo bueno en marcha. Así que supongo que soportar su ego solo es el precio que debo pagar.

Ahora fue el turno de Summer de fruncir el ceño.

–Ese no es el único precio que pidió, ¿o no?

Me mordí el labio. Si ella se hubiera metido en mis pensamientos, habría detectado mi satisfacción causada por el diluvio del camarín.

–No pasa nada. Controlé la situación.

Alex colocó un brazo sobre mis hombros. Creo que, como soy de baja estatura, él se siente más protector hacia mí, al estilo de un hermano mayor.

–¿Ese idiota te hizo algo? ¿Quieres que lo ponga en su lugar? –él tiene un poder de persuasión increíble con solo utilizar la intensidad de su voz.

–Está bien, Alex, no te preocupes. Yo ya lo hice y disfruté cada segundo –les conté sobre el enfrentamiento, lo que produjo el esperado estallido de risa. Los otros, detrás de escena, comenzaron a mirar en nuestra dirección con envidia, dado que era obvio que estábamos pasándola genial. Jay me lanzó una mirada cargada de furia, pero continuó conversando seriamente con una pareja que yo nunca había visto. La forma en que me observó me dejó en claro que todavía debíamos saldar cuentas.

Eso podía esperar. Miré el reloj de Summer: las once.

–Será mejor que me cambie. ¿Nos encontramos aquí en diez minutos?

Entré al camarín, me quité el vestuario con velocidad, y me puse unos zapatos bajos más cómodos, calzas y un vestido tipo túnica para tolerar el frío viaje de regreso a casa en el metro.

Empaqué los accesorios, metí todo dentro de mi bolso y me dirigí a la habitación de los chicos. Encontré a toda la banda reunida alrededor de Jay, quien estaba en medio de su usual análisis postconcierto.

–¡Solo vine a despedirme! –dije, asomando la cabeza por la puerta.

–Espera un minuto, Angel. Deberías estar aquí para esto –respondió Matt–. Jay tiene un anuncio.

El líder de la banda se cruzó de brazos y se relajó en su silla con marco de metal.

–Puede irse. No es asunto suyo.

Si él quería que me fuera, entonces por supuesto que debía quedarme.

–No, está bien. Me gustaría oír la noticia. Tengo tiempo antes del último tren.

–Muy bien, entonces –se balanceó sobre dos patas de la silla en forma provocadora, con los ojos fijos en mí. Estaba tramando algo y no sería nada bueno–. Tengo una noticia espectacular: los promotores de Rockport nos han invitado a formar parte del *lineup* de este año. Mañana se comunicarán conmigo para decirme los términos y condiciones, pero han insinuado que son generosos.

–¡Oh, guau! –mi exclamación se perdió entre los vítores y los gritos de alegría de toda la banda.

–Es nuestra gran oportunidad, chicos. La lista de grupos que tocarán en el festival este año es genial. Les han confirmado que estará *Talentosos*.

–¿De verdad?! –*Talentosos* era una de mis bandas favoritas, *indie* pero con gusto por lo convencional. Se decía que eran

maravillosos en vivo, pero nunca había tenido la oportunidad de verlos. Ahora no solo podría escucharlos y estar presente en su concierto, sino que sería parte de la misma lista, codeándome con ellos detrás de escena. Tendría tantos momentos de fan que me avergonzaría incluso a mí misma.

–Así que tenemos que trabajar mucho los próximos meses, pulir nuestra presentación, escribir algunas canciones nuevas –Jay sonaba como un comandante dándole órdenes a sus tropas para la batalla–. No quiero que desperdiciemos esta oportunidad. ¿Puedo contar con ustedes?

Por supuesto, todos ofrecimos nuestro apoyo. Él podía ser un idiota, pero nos había traído hasta aquí.

–Ahora, solo hay un cambio que anunciar. Les dije a los promotores que iríamos como una banda masculina, es mejor para la publicidad. Una chica no ayuda a construir una base de fans femenina.

–¡¿Qué?! –exploté.

–¡Ey, no puedes hacer eso! –exclamó Matt.

–Está decidido. Supéralo –Jay se encogió de hombros.

Estaba furiosa.

–Estás... ¡Estás haciendo esto porque no te permití que me besaras! –el agua dentro de la botella sobre el tocador a sus espaldas comenzó a burbujear; estaba demasiado enfurecida para controlar mi temperamento. Por suerte, nadie lo notó, dado que estaban concentrados en mi explosión–. Es discriminación de género, acoso, ¡ambos! Te... ¡Te haré una demanda!

–Suerte con eso –dibujó una sonrisa burlona–. No tienes un contrato. Has estado cantando con nosotros porque yo te lo pedí. Nunca fuiste en realidad parte de Séptima Edición.

Era la primera vez que escuchaba eso. ¿Se olvidaba de todas aquellas oportunidades en que me había pedido que hiciera cosas “por el bien de la banda”?

—¡No es justo! —protestó Matt. El resto de mis compañeros parecían avergonzados, pero ninguno tenía la valentía suficiente de hablar en mi defensa.

Jay se puso en contra del baterista.

—Ah, ya veo... Se ha estado reservando para ti, ¿verdad, Matt? ¿Por eso la estás defendiendo?

—Eso es desagradable e injusto para los dos. Algunos podemos tener una relación más evolucionada que esa con una chica. Es una amiga —gruñó.

—De acuerdo. Siéntete libre de seguirla. Los bateristas no son tan difíciles de encontrar —sentenció y se cruzó de brazos.

No, no, ¡mi hermosa noche estaba siendo un desastre! No podía arruinarle una oportunidad así a Matt. Sabía que era probable que Jay me echara algún día, pero mi amigo merecía estar con la banda cuando saltaran a la fama, incluso si tenía que compartir la atención con una verruga en el trasero de una rata como Fielding. Le di un apretón al hombro de mi compañero y lo hice sentar de nuevo en su silla, porque estaba a punto de salir hecho una furia detrás de mí.

—No, quédate —dije en voz baja. Luego, volteé para dedicarle una mirada odiosa a Jay—. Serías un estúpido si te deshicieras de Matt: él es el único que permaneció a tu lado todos estos años. Es una vergüenza que no puedas igualar su lealtad. Buena suerte encontrando otro violinista. También tendrás que cambiar los coros, pero eso ya lo sabes. Ningún precio parece demasiado alto en este instante para vengarte de mí, ¿verdad?

Los ojos de mi contrincante brillaron con malicia.

–Encontraré a alguien que ocupe tu lugar, no hay problema.

–Yo no estaría tan segura –dado que ahora no había nada para mí en ese lugar, tomé mi bolso del suelo–. Disfruta de Rockport,  
*Octava Edición.*